

El consumo por el consumo

E.
MIRET
MAGDA
LENA

ES la época de las mesas redondas. En esta semana he participado en tres. Es un método útil dentro de una sociedad en la cual hay que fomentar el diálogo, la participación y los intercambios entre distintos puntos de vista. Pero después de realizar este trasvase de ideas, hechos e inquietudes, hay que hacer algo más: reflexionar. Reflexionar sobre esos datos para profundizar sobre ellos. Así saldremos de la apatía o del "divertimiento" en que vivimos: porque unos están desanimados y otros han decidido vivir en la superficie de las cosas. Sin embargo, el hombre inquieto por lo religioso no olvida que "el que sabe de profundidades, sabe de Dios", como advirtió el teólogo Tillich.

De todo esto puede descubrirse al ahondar en ello, caminos y perspectivas que desbrocen el oscuro horizonte que tenemos por delante.

Reflexionemos por eso en dos puntos a propósito del consumo: el de la cantidad y el de la calidad. Dos aspectos a tener en cuenta de nuestra sociedad de consumo por el consumo, porque demasiadas veces se olvidan. Inmersos en la cantidad hemos hecho del mundo —incluido el de las personas— un mero objeto de posesión que no manifiesta cosa más apetecible que el afán infantil de apoderarnos de él, de absorberlo, de comerlo. Por eso, nosotros nos hemos convertido —no todos, y en ese desequilibrio está una de las injusticias de nuestra sociedad— en "come-cosas". Y la economía en una fábrica de producir cada vez más objetos físicos indiscriminadamente, como si el hombre agotase su capacidad humana de desarrollo en guardarlas dentro de sí o en torno a sí.

Es un hecho que el hombre necesita consumir y usar de las cosas. Que sin un amplio mínimo de ellas, sin una cantidad básica material, no puede ser hombre. Eso lo vio hace muchos siglos el viejo Aristóteles desde su pequeña Grecia, aquel enclave diminuto en extensión cuantitativa, pero amplísimo en apertura humana. Y más tarde lo refrendó, desde el cristianismo, el famoso "buey mudo", el fraile que contemplaba más que hablaba, y que por eso descubrió muchas cosas dignas de recuerdo hoy: Santo Tomás de Aquino, el filósofo que accedió al título de "doctor común", el de maestro de los hombres corrientes y no el de aquilatado lucubrador para minorías selectas. Y más cercano a nosotros llegó un Papa que supo romper las estrechas barreras de los pontífices anteriores que, vueltos de espaldas al mundo que surgía, no veían más allá de su corta cercanía: León XIII, un hombre defensor —aunque fuese todavía demasiado condicionado por el conserva-

durismo de la Iglesia que dirigía— de algunas libertades públicas, de los regímenes políticos populares y de un incipiente sentido de la justicia social.

Todos ellos coincidieron en decir algo que olvidaban en seguida los hombres que vivieron después de ellos, fuesen del mundo pagano o del mundo cristiano. Santo Tomás, en su obra "Del Gobierno de los príncipes", señala que "para vivir bien un hombre se requieren dos cosas". ¿Cuáles? Una, la que constituye el fin: adquirir el sentido ético concreto, practicar una moral que surja del convencimiento íntimo, "obrar conforme a la fuerza del bien". Y la otra, tratar de conseguir el medio imprescindible para alcanzar tal fin: "tener suficiente cantidad de bienes terrenos, los cuales son necesarios para habituarse a obrar el bien", para realizar "obras de virtud" según el lenguaje eclesiológico de la época.

El Papa que llenó el fin de siglo pasado se preocupó sobre todo de "la buena constitución de una nación". Y para alcanzar ese objetivo, decía que "es necesaria la abundancia de los bienes del cuerpo y externos", sin los cuales ni se podrá mantener el hombre físicamente, ni tampoco se le podrá exigir que alcance un nivel moral suficiente. La base, el fundamento, está en la materia. No se puede vivir sólo del espíritu. Necesitamos construir el hombre desde abajo, no sólo desde las etéreas nubes con fantasmales ángeles.

La cantidad, y con abundancia, es necesaria. Pero, ¿lo es todo? Sin duda, no. Además de la cantidad se necesita la calidad. El hombre está estructurado en diversos niveles psicológicos. Maslow, el maestro de la "autorrealización", estratifica al ser humano en sucesivos planos de motivaciones producidas por diversas clases de necesidades. El hombre, espontáneamente, tiende a llenar las necesidades que están en el plano más bajo; pero una vez cubiertas, y si no se ejerciese sobre él ningún otro tipo de artificiosa influencia, daría un salto para colocarse en el plano inmediato superior, y exigir otro tipo más elevado de necesidades. El consumo sube de categoría: del simple uso material, se pasa al uso psicológico, espiritual y cultural.

El hombre sin influencias que desvían su contextura natural, tiende a dar estos saltos en sus motivaciones, y exigirá algo más que ser un organismo come-cosas materiales. El hombre tiene en sí mismo "una jerarquía de necesidades", y "sólo cuando tenga satisfechas sus necesidades fisiológicas básicas —alimento, calor, sueño y sexo— tratará de satisfacer otras menos apremiantes: las necesidades —en orden ascendente— de seguridad, posesión,

amor, estima y, finalmente, de creación propia o total realización personal".

Abraham Maslow ha llegado a decir —desde su moderno punto de vista científico— algo que se parece mucho a lo que el cristianismo —inspirado en el griego Aristóteles— descubrió: que el hombre necesita de la cantidad, pero que luego de satisfacerla ésta abundantemente, requiere la calidad. Que no sólo se agota en el "afán de lucro", que "la búsqueda exclusiva del interés y del poder" no es el hombre en sí, como señaló el Papa Pablo VI hace años en su Carta sobre "El progreso de los pueblos".

El consumo abundante, sí; pero el hombre requiere también el uso común, la contemplación desprendida, la convivencia sin exclusivismo, y sobre todo, la calidad. Y eso que olvidó el cristianismo de los cristianos han tenido que recordárselo los que se han apartado de él, asqueados por el burocratismo, el afán de dominio y la actuación a ras de tierra de sus mentores oficiales, como hace en Italia Berlinguer con su política de "austeridad".

Hoy, hasta la ciencia del ser humano sin más miras espiritualistas lo recuerda, incluso mejor que los evasionistas libros de ascética de ayer, o los achatados manuales de acción social de hoy, escritos por muchos eclesiológicos superficiales.

La verdad es la que recordaba el neanarquista Paul Goodman: "La antigua religión no acaba de morir, y la nueva tarda en aparecer". Pero necesitamos, sin embargo —ateos y creyentes—, de esta "nueva religión" que no sabemos bien cómo será, pero que probablemente buscará a un "nuevo Dios" en un "nuevo lugar"; y que los curas lo tendrán que buscar también —junto con los ateos inquietos— allí donde se encuentra hoy, y que, por supuesto, no es ni en los antiguos altares ni en las modernas frases altisonantes y seudorrevolucionarias de ciertos clérigos —que están como siempre desfasados de la profunda realidad del mundo—, porque "buscan a Dios donde ya no existe", y no saben "explorar otras realidades donde tal vez está vivo". Entonces es cuando volveríamos a escuchar a estos curas, porque "quizá tendrían algo que añadir", para vivir esos niveles de necesidades que ascienden cuando se satisfacen los primeros peldaños. ■